

"QUE EL MUNDO ESCUCHE Y LEA!"

Estas palabras las anotó Sor Josefa en los días 13-14-16-17 y 18 de Junio de 1928.

Quiero que el mundo conozca mi Corazón.
Quiero que los hombres conozcan mi Amor. ¿Saben lo que he hecho Yo por ellos?... Vengo a decirles que en vano buscan la felicidad fuera de Mí, no la encontrarán.

A todos llamo, a los justos y a los pecadores, a los sabios y a los ignorantes, a los que gobiernan y a los súbditos; a todos enseñaré, que si buscan la felicidad, Yo soy la felicidad; si buscan la paz, Yo soy la paz; ¡Yo soy la Misericordia y el Amor!

Quiero que este Amor sea el sol que ilumine y el calor que caliente las almas.

Quiero que el mundo entero Me conozca como Dios de Misericordia y de Amor.

Quiero que los hombres conozcan mis ardientes deseos de perdonarlos y de salvarlos... Que los miserables no teman. Que los más culpables no huyan de Mí. Que vengan todos. Los espero como un Padre, con los brazos abiertos, para darles la paz y la verdadera felicidad.

* * *

Que el mundo escuche y lea estas palabras:
Un padre tenía un hijo único:

Ricos, poderosos vivían rodeados de servidores, de bienestar; perfectamente dichosos, de nadie ne-

cesitaban para acrecentar su felicidad; el padre hacía la felicidad de su hijo y éste la de su padre. Ambos tenían corazón noble, caritativos sentimientos; la menor miseria les movía a compasión.

Entre los servidores de este bondadoso Señor uno enfermó gravemente y estaba a punto de morir si no se le atendía con remedios enérgicos y con asiduos cuidados.

Mas el servidor era pobre y vivía solo.

¿Qué hacer? ¿Dejarle morir? La nobleza de sentimientos del Señor, no puede consentirlo.

¿Enviaré para cuidarle a otro de sus servidores? Tampoco estaría tranquilo porque prodigándole los cuidados, más por interés que por afecto, le faltarían tal vez las atenciones que el enfermo necesita.

Compadecido, el padre confía a su hijo su inquietud respecto del pobre enfermo; le dice que con asidua asistencia podría curarse y vivir muchos años aún. El hijo, que ama a su padre y comparte su compasión, se ofrece a cuidar al servidor con esmero, sin perdonar trabajo, cansancio, solicitud, con tal de conseguir su curación.

El padre acepta; sacrifica la compañía de su hijo, y éste, las caricias de su padre y constituyéndose siervo, se entrega a la asistencia que reclama el que es verdaderamente su servidor; prodigándole mil cuidados le provee de cuanto necesita, no sólo para su curación, sino aún para su mayor comodidad, de tal modo, que al cabo de algún tiempo el enfermo recobra la salud.

Penetrado de admiración por cuanto su Señor ha hecho por él, el servidor pregunta de qué manera podría demostrarle su agradecimiento...

El hijo, le aconseja se presente a su padre, y ya que está curado, se ofrezca de nuevo a él, como uno de sus más fieles servidores.

Así lo hace, y reconociendo su bajeza, le sirve, empleando cuantos medios están a su alcance, para publicar la caridad de su Señor; más aún, se ofrece a servirle sin interés, pues sabe que no necesita ser retribuido como criado; el que será atendido y tratado como hijo.

Esta parábola es pálida figura del Amor que mi Corazón siente por las almas y de la correspondencia que espero de ellas. La explicaré poco a poco, pues quiero que conozcan mis sentimientos, mi amor, mi Corazón.

*
* *

Dios creó al hombre por amor y le colocó en tal condición que nada podía faltar a su bienestar en la tierra, hasta tanto que llegase a alcanzar la felicidad eterna en la otra vida; para esto había de someterse a la Divina Voluntad, observando las leyes sabias y suaves impuestas por su Creador.

Mas, el hombre infiel a la Ley de su Dios, cometió el primer pecado, y contrajo así la grave enfermedad que había de conducirle a la muerte. «El hombre», es decir el padre y la madre de toda la

humanidad, fué el que pecó; por consiguiente toda su posteridad se manchó con la misma culpa. El género humano perdió así el derecho que el mismo Dios le había concedido de poseer la felicidad perfecta en el cielo; en adelante el hombre padecerá, sufrirá, morirá.

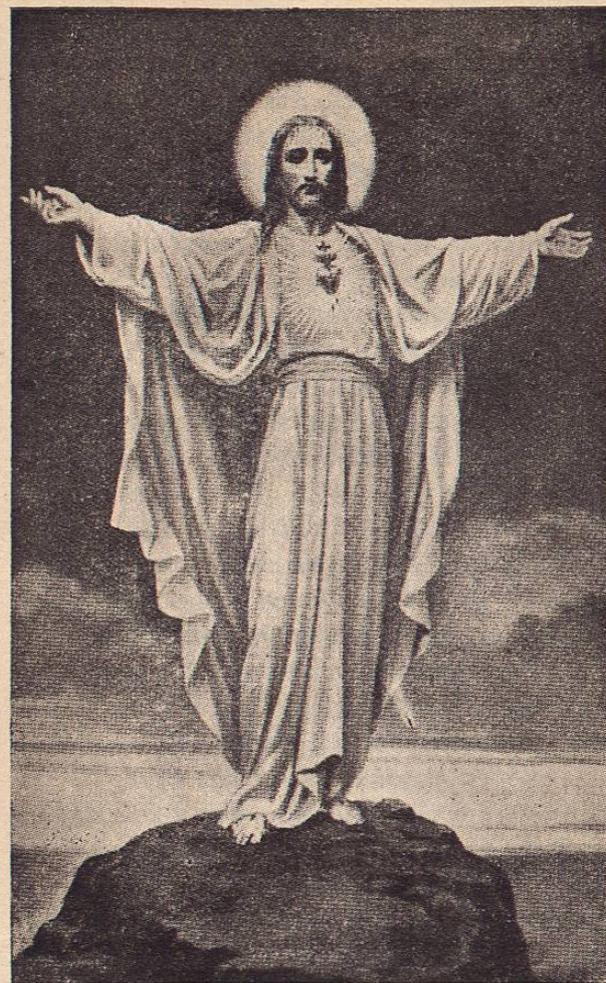
Dios no necesita para ser feliz, ni del hombre, ni de sus servicios; se basta a Sí mismo; su gloria es infinita; nada ni nadie puede menoscabarla. Pero Dios, que es infinitamente poderoso, es también infinitamente bueno. Sólo por amor había creado al hombre. ¿Le dejará padecer, y después morir? No; antes al contrario, dará otra nueva prueba de amor y frente a un mal infinito opondrá un remedio de infinito valor: Una de las tres Personas de la Santísima Trinidad tomará la naturaleza humana y reparará el mal ocasionado.

El Padre entrega a su Hijo; éste sacrifica su gloria y la compañía de su Padre, descendiendo a la tierra, no en calidad de Señor, de Rico, de Poderoso sino en la condición de Siervo, de Pobre, de Niño.

La vida que llevó sobre la tierra, todos la conocéis.

Bien sabéis que desde el primer instante de mi Encarnación, Me sometí a todas las miserias de la naturaleza humana.

Pasé por toda clase de trabajos y de sufrimientos,



«VENITE AD ME OMNES»

¡Todo lo ha dado por la salud del hombre!

Así cumplió el fin por el cual dejó voluntariamente la bienaventuranza que gozaba al lado de su Padre. El hombre estaba enfermo y el Hijo de Dios bajó hasta él y no sólo le devolvió la vida por su muerte, sino que le dió también fuerzas y medios con qué trabajar y adquirir la fortuna de su eterna felicidad.

* * *

¿Cómo ha correspondido el hombre a semejante favor? ¿Se ofrece, a ejemplo del servidor, a trabajar por su dueño, con fidelidad y sin interés de retribución?

Preciso es distinguir las diferentes respuestas del hombre a su Dios.

* * *

Hay algunos que Me han conocido verdaderamente, y movidos a impulsos del amor, sienten vivos deseos de entregarse por completo al servicio de mi Padre, sin interés personal.

Preguntando qué podrían hacer para trabajar por su Señor con más fruto, mi Padre les ha respondido:—«Deja tu casa, tus bienes, déjate a ti mismo y ven; haz cuanto Yo te pida».

Otros, sintieron conmoverse su corazón ante lo que el Hijo de Dios ha hecho por salvarlos y llenos de buena voluntad se presentan a El, buscando cómo podrán publicar la bondad de su Señor, y sin

abandonar sus propios intereses, trabajar por los de Jesucristo.

A éstos, mi Padre les ha dicho:—«Guardad mis mandamientos y sin desviaros a derecha, ni a izquierda, vivid en la paz de mis fieles servidores».

Otros, no han comprendido el amor con que su Dios los ama; no les falta buena voluntad; viven bajo la ley, pero sin amor; siguen la inclinación natural hacia el bien que la gracia depositó en el fondo de su corazón.

No son servidores voluntarios, pues que no se presentaron nunca a recibir las órdenes de su Señor, pero como no tienen mala voluntad, les basta a veces una indicación, para prestarse gustosos, a los servicios que se les pida.

Otros, en fin, movidos más por interés que por amor, ejecutan lo estrictamente necesario para merecer, al fin de la vida, la recompensa prometida a sus trabajos.

Pero... ¿se han presentado todos los hombres para ofrecerse al servicio de su Dios y Señor?... ¿Han conocido todos, el amor inmenso que tiene hacia ellos? ¿Saben agradecer cuanto Jesucristo les ha dado? ¡Ah! muchos lo ignoran, muchos, conociéndolo, lo han despreciado.

A todos, Jesucristo, va a decirles una palabra de Amor.

* * *